

Matías estaba en la cama,
tapado por un acolchado,
mirando el techo de su
cuarto. No podía dormir.
Había estado jugando con su
tablet hasta minutos
antes de acostarse. Daba
vueltas hacia un lado y
hacia otro pero el sueño no
llegaba y, mientras tanto,
buscaba entretenerse
inventando historias sobre
sus peluches favoritos.



Su mamá se sentó al borde de su cama y le dijo con dulzura:

–Mi amor, ahora es tiempo de descansar.
Hay que **apagar la mente**, al igual
que se apagan las lamparitas del pasillo
cuando llega la noche, o se apaga la
música que tanto nos gusta, pero debe
dejar descansar a los vecinos.



–¡Mente, apagate! ¡Apagate mente!

–¿Apagar la mente? –se preguntó Matías desconcertado–. Y ¿dónde estaría el **botón** para hacerlo?

Entonces, cuando su mamá le dio un beso en la frente, y se quedó solo frente a la inmensidad de la noche, le ordenó con autoridad, como si fuera un domador de circo:

